

Actualidad de Raymond Aron

RAYMOND ARON: *Le Spectateur engagé. Entretiens avec Jean-Louis Missika et Dominique Wolton*. París, Julliard, 1981; 339 págs.

Sin duda no hace falta presentar a Raymond Aron, desde hace mucho tiempo uno de los pensadores del mundo liberal y democrático occidental más conocidos y con una obra más variada y rica en sugerencias. Aron ha sabido combinar una eventual dedicación al comentario político, que en el momento actual sigue llevando a cabo en *L'Express*, con la elaboración de toda una línea de pensamiento, con preocupación por temas tan diversos como la filosofía de la historia, los fundamentos de las relaciones internacionales y la esencia del pensamiento liberal.

Sin embargo, quizá lo más significativo del libro recientemente aparecido en Francia y que ha ocupado los primeros puestos de venta durante muchas semanas no es que descubra esta realidad. El libro no está redactado por el propio Aron, sino que se trata de una larga entrevista con dos periodistas celebrada en televisión y luego transcrita en forma de libro. Como digo, lo cierto es que de ella puede deducirse no sólo el carácter permanente y estable de la trayectoria intelectual de Aron, hecho infrecuente en un intelectual del mundo latino, sino hasta qué punto enlaza con inquietudes que, siendo perennes, al mismo tiempo están quizá especialmente presentes, incluso como moda, en el pensamiento de nuestros días.

Así aparece, desde luego, en primer

lugar, en el prólogo que los entrevistadores hacen anteceder al libro. Ambos no son ciertamente discípulos de Aron, y ni siquiera participan de su forma de ver las cosas en temas fundamentales. Como ellos mismos admiten, son miembros de la generación que hizo la llamada revolución estudiantil de 1968 y que, izquierdistas por ello mismo, han perdido la esperanza y la confianza en las manifestaciones concretas de esta ideología en el terreno práctico. Para los autores de la entrevista, Aron viene a resultar, por tanto, como una especie de polo negativo: un pensador que, desde el punto de vista de la generación de 1968, fácilmente puede ser acusado de derechista y, sin embargo, no es sólo inteligente, sino que demuestra una preocupación absorbente por el compromiso en favor de la libertad, sea quien sea el que la persiga o la recorte.

La razón de esta actitud —nos dicen— deriva de su postura filosófica con respecto a la historia, concebida por Aron como no determinada ni orientada hacia una finalidad o sentido, sino abierta a la acción de los hombres, a su libertad y a lo imprevisible. Esta actitud puede parecer demasiado abstracta o filosófica, pero tiene incidencia inmediata en el terreno político en cuanto que le permite a Aron repudiar ese tipo de mesianismo histórico, en nombre del cual, en el siglo xx, se

han cometido tantos crímenes, hayan sido quienes los hayan cometido estalinistas o hitlerianos. Aron ha puesto en claro a través de toda su obra que, con frecuencia, los regímenes políticos concluyen en barbarie a partir de unas premisas nacidas de grandes ideales. Cualquier ideología debe ser juzgada no sólo por su congruencia interna, sino también, en el caso de que pretenda tener impacto sobre la vida pública, por los resultados concretos en cuanto a la transformación del mundo sobre el que pretende influir. Este repudio del mesianismo histórico tiene como consecuencia que, por ejemplo, en la obra de Aron, el marxismo no es interpretado como un instrumento de conocimiento (y menos aún como dogmáticamente veraz), sino como modelo de referencia y de acción de los sistemas económicos y sociales que existen en el mundo. En estas condiciones, para Aron, la política no es el terreno de lo malo y lo bueno, ni éstas coinciden con los patrones típicos de derecha e izquierda. Eso sería juzgar lo político en términos de moral. En realidad, la política es el terreno de lo preferible y lo detestable. El adversario político no es el mal absoluto nunca, sino la parte de verdad, mayor o menor, que siempre hay en cualquier posición humana. Pero esta relativización del papel de la política, a quien dan un valor religioso los que participan de ese mesianismo de la historia, no lleva a Aron a desinteresarse de ella, sino muy al contrario. Aron se autodefine en este libro como «un espectador comprometido» lo suficientemente alejado de la vida política partidista como para ser capaz del pensamiento trascendente y lo suficientemente capaz de comentar la vida pública como para que no se puede decir de él que carece de «moral de ciudadanía». Precisamente el diario o semanal comentario de los acontecimientos ha contribuido a librar a Aron de ese «vértigo de la ideología» que con frecuencia lleva a los intelectuales, en teoría siempre defensores de la libertad, a convertirse en liberticidas. En definitiva, concluyen los autores de la entrevista, el conjunto del libro viene a resultar el interrogatorio a una personalidad de generación anterior por parte de la que ahora tiene una treintena, con-

frontación de dos formas de pensar de la que se deducen, por supuesto, discrepancias graves, pero de la que sale, desde luego, no sólo alguna coincidencia fundamental, sino el descubrimiento repetido de la coherencia del ideal filosófico y político que defiende Aron.

En efecto, la entrevista se convierte en un largo interrogatorio biográfico de Aron desde sus años juveniles en que se formó en la Escuela Normal, teniendo como compañeros en su misma promoción a un Jean Paul Sartre o un Paul Nizan. Su primera significación política fue socialista y sus preocupaciones intelectuales encontraron satisfacción en la lectura de Marx y de Max Weber. Del primero tomó ese deseo, siempre presente en toda la obra marxiana, de ser al mismo tiempo espectador y protagonista de la historia. En Weber encontró a la vez la experiencia de la historia y la comprensión de la política, la voluntad de llegar a la verdad y la capacidad para la decisión y la acción. No es necesario recalcar el importantísimo papel desempeñado en su obra por el conocimiento del sociólogo alemán. En cuanto a sus opiniones políticas de este momento, Aron fue capaz de descubrir en la Alemania en que también estudió el peligro que significaba la persona de Hitler y, sobre todo, sus doctrinas. Reconoce, en cambio, que le costó mucho más descubrir la realidad soviética, que sólo apareció clara ante sus ojos cuando Stalin y Hitler llegaron a pactar poco antes de la segunda guerra mundial. Ante ésta, Aron mantuvo una postura precisa y recta en tratar de evitar las circunstancias que finalmente la provocaron. El había votado al Gobierno del Frente Popular, pero no excluía criticar el importante componente de suicidio que tenía un programa económico sin sentido; no excluyó, por tanto, las críticas a la actitud de su propio país. Pero tampoco lo hizo con respecto a la evolución de su política no sólo interior, sino también exterior. La resistencia al expansionismo hitleriano suponía, desde luego, ser capaz de aceptar el riesgo de guerra. A partir de este momento (también en el próximo futuro), Aron repudió aquella frase de Bertrand Russell, según la cual «todos los males que queremos evitar con la guerra son

menores que la guerra misma». Por el contrario, hay ocasiones, como ante el peligro totalitario, en que el resultado de la guerra puede ser infinitamente peor que la resistencia.

Durante la guerra mundial emigró a Inglaterra y allí sirvió a la causa aliada, representada por el general De Gaulle. Su dirección de la revista *La France Libre*, incluso en esos tiempos bélicos, tuvo, sin embargo, un contenido intelectual que excluía la condenación sin matices de lo que sucedía en la Francia de Vichy. A quienes colaboraban con ella procuraba comprenderlos, y aun los justificó hasta 1942, año a partir del cual su postura era injustificable. En esencia, ésa ha sido siempre la postura de Aron: «No me gustan —dice— las gentes que eructan sobre el papel en blanco...; de manera general prefiero comprender, analizar más que vituperar a los adversarios.»

Después de la guerra mundial tuvo lugar la única intervención propiamente dicha de Aron en la política. Fue entonces miembro del gabinete de Malraux, colaborador entusiasta ya del general De Gaulle. Esta introducción en el terreno de la política supuso para él un abandono de una carrera académica que luego le costó recuperar, un trabajo agobiante y poco gratificante para un intelectual en el mundo administrativo y una complicación de sus amistades políticas con las heredadas de la juventud y de la común preocupación intelectual. Su amigo Malraux nunca abandonó un entusiasmo por De Gaulle que se había engendrado en él por el repudio al comunismo; su no menos amigo Sartre, antaño carente de preocupaciones políticas, se convirtió en un colaborador de los comunistas, o una persona al menos que consideraba siempre las diferencias que le separaban de los comunistas como «querellas de familia». Pronto, tras un corto período de presencia en el partido de De Gaulle, Aron descubrió que su verdadera función en el terreno de la política era la del escritor, y empezó a ejercer como tal desde las columnas de *Le Figaro*.

Dos preocupaciones fundamentales le ocuparon por entonces, y en ambas, como en él ha sido habitual, difirió considerablemente de las ideas y posiciones co-

rrientemente admitidas. En primer lugar, sobre la situación internacional, la definió como de «paz imposible y guerra improbable» o de «paz belicosa». Ante ella, frente a la posición de muchos franceses, Aron estuvo a favor de la OTAN y de la colaboración en cuestiones de defensa con todas las potencias occidentales, incluida Alemania, en contra del imperialismo soviético, frente al que no se debía actuar de una manera improductivamente timorata. Pero si en el seno de la sociedad francesa estas actitudes le pudieran suponer problemas a Aron, peores fueron, sin embargo, los que le produjo en el seno de la comunidad intelectual su radical postura no marxista, expresada a través de su libro *El opio de los intelectuales*. Este opio era, por supuesto, el marxismo, pero su consumo era bastante frecuente entre personas como Sartre, que por esta época decía que no se podía condenar a la Unión Soviética si se pertenecía al movimiento socialista y revolucionario, o como Merleau Ponty, que afirmaba que, «si el marxismo es falso, no hay razón en la historia». En cierto sentido, sin embargo, Aron estaba, por su condición de intelectual, mucho más cerca de aquellos a quienes combatía que de los que apoyaron su posición en estos momentos. El régimen estalinista era horrible; pero, desde el punto de vista intelectual, podía resultar al mismo tiempo diabólico y fascinante, lo que sobre todo reprochaba Aron a los intelectuales atraídos por ese opio que «no querían comprender ni cambiar el mundo, sino tan sólo denunciarlo». Como era esperable, tan vibrante declaración le hizo ser marginado en el seno de la comunidad académica francesa durante algún tiempo.

Si *El opio de los intelectuales* le había enfrentado a la izquierda, su postura ante la descolonización de Argelia, respecto de la cual recomendó «el heroísmo del abandono», provocó una clara reticencia en la derecha. Repudió, en cambio, firmar un llamamiento de un grupo de intelectuales que propiciaba la deserción de los jóvenes franceses sujetos al servicio de las armas, y, desde luego, en ningún momento pensó, como gran parte de los intelectuales, y en especial los de izquierda, que la descolonización pudiera llegar a constituir

una especie de revelación del porvenir como la luz al fondo de un túnel. La guerra de Argelia provocó el final de la Tercera República Francesa y el ascenso de De Gaulle al poder. Fue, dice Aron, «la seducción después de la sedición», que instauró un régimen nuevo, pero permanentemente amenazado por el peligro político coincidente de los comunistas y de la ambigüedad del gaullismo. Respecto de la última de las guerras relacionadas con el proceso de descolonización, es decir, la del Vietnam, Aron hace una interesante disección en relación con las causas que motivaron la derrota del mundo occidental: las democracias, para ganar una guerra, necesitan siempre estar convencidas de la razón de la misma, cuando ésta, además, fue la primera guerra de la historia transmitida por televisión y llevada a cabo al mismo tiempo por soldados no profesionales y, en fin, porque los Estados Unidos, para financiar su participación en la guerra, necesitaron nuevos recursos económicos y, sin embargo, no fueron capaces de crear nuevos impuestos para alimentarlos.

Ya en los últimos tiempos, la postura de Aron ha sido frecuentemente controvertida, pero nunca ha dejado de ser reconocida como particularmente brillante. Quizá cuando fue más divergente respecto de los medios de comunicación y los intelectuales fue con ocasión de los acontecimientos de mayo de 1968. No hubo, en su opinión, ninguna revolución. No fue más que «la toma de la palabra» y no de la Bastilla; resultó tan sólo una semana de incidentes estudiantiles que demostró la delicuescencia del Estado, pero que fue liquidada en los cinco minutos que el general De Gaulle empleó en disolver la Asamblea Nacional. En realidad, la sacralización de que luego ha sido objeto carece por completo de sentido, porque no hizo aparecer nada realmente nuevo en la historia de Francia: «El pueblo francés ha conservado un talento excepcional para extraer algo de la nada y crear acontecimientos dramáticos que se comentan a continuación de manera indefinida.» Otra postura taxativa suya ha sido la del repudio del programa de izquierda socialista y comunista en Francia, programa en su día definido como «el

círculo cuadrado» en el lenguaje siempre centelleante de Aron. En consecuencia, y sin tener otro motivo de agradecimiento respecto de su persona, apoyó en dos ocasiones la elección presidencial de Giscard. La primera vez lo hizo con entusiasmo, y la segunda con mayor tibieza porque los socialistas habían eliminado de su programa sus defectos más evidentes. Pero, como señala Aron, «no se puede pedir simultáneamente a los franceses trabajar menos y ganar más», y ésta parece ser la divisa actual de los socialistas del vecino país ante la crisis económica.

Pero, en los últimos años, Aron ha sido, ante todo y sobre todo, un comentarista de política internacional. Su serie de tres libros sobre la sociedad industrial, la lucha de clases y la democracia y totalitarismo dio buena cuenta en su día de la realidad diferenciada entre el mundo del Este europeo y las democracias, distinción que sigue siendo crucial para comprender la política exterior mundial. Pero, según el propio Aron, esos libros pudieron dar la sensación errónea de que se está produciendo una confluencia entre tipos de régimen totalmente diferentes, como son los de el Este de Europa y los occidentales. Esto pone en cuestión sus relaciones en la política internacional. A pesar de que se diga con frecuencia, la realidad es, según Aron, que resulta excesivamente simplificadora la visión que redujera la política internacional a un dilema cuyos únicos términos fueran la distensión y la guerra. La segunda es siempre la solución pésima; pero la primera ha tenido como consecuencia, por ejemplo, el aumento de los intercambios comerciales entre Occidente y Rusia, intercambios que sólo han tenido como consecuencia que la segunda ha aumentado su capacidad económica, sin que esto se traduzca en el ejercicio de los derechos humanos. Junto a la voluntad de evitar el conflicto, es necesario, según Aron, conjugar el estudio puro y simple de las relaciones de fuerza entre ambos tipos de régimen. «La debilidad de Europa occidental —dice— es el miedo y, como consecuencia del miedo, no tiene mucha voluntad política.» Eso es lo que lleva a un pacifismo cuyos límites y contenido pueden llegar a ser suicidas, y a una vo-

luntad de desarme que no tiene en cuenta la real superioridad de la potencialidad bélica del adversario. La respuesta a esta situación debería ser una cierta recuperación de la moral cívica, es decir, de la voluntad de participación del ciudadano en la vida pública, siendo conscientes de las imposiciones que derivan de la realidad de la política exterior, que es, lo reconoce, «un ejercicio frecuentemente de truhanes o de *gángster s*».

Esta es la postura de un académico que ha sido responsable muchas veces ante sus compatriotas de una toma de postura ante la vida pública; un intelectual que afirma que los próximos diez o quince años de la vida del mundo van a ser especialmente inestables y que ciertamente no van a dar lugar al aburrimiento; un

escritor que reconoce que la historia, tal como él mismo la ha vivido, es en realidad un tumulto insensato lleno de ruido y de furor en el que se demuestra que el hombre puede ser razonable, pero los hombres con frecuencia no lo son. Pero que al mismo tiempo concibe el papel del intelectual no como el de un confidente de la Providencia capaz de adivinar el sentido mesiánico de la historia (y, por consiguiente, llevarnos a la barbarie), sino de ser el consejero del príncipe, es decir, del político, porque, cuando se posee una mentalidad liberal, se descubre que del furor no hay nada escrito, y es por la voluntad humana modificable.

JAVIER TUSELL